

TRES MOMENTOS HISTORICOS EN LA CIUDAD HISPANOAMERICANO DEL SIGLO XIX *

G. GEISSE G. **

INTRODUCCIÓN

Durante el siglo XIX hubo en Hispanoamérica tres grandes acontecimientos históricos que configuraron el contexto político-social dentro del cual se desarrollaron las ciudades. Ellos fueron la ruptura del orden colonial a comienzos del siglo, la apertura de las economías nacionales a los mercados mundiales a mediados del siglo y la penetración del capital extranjero junto a las doctrinas liberales a fines del siglo.

En cada uno de estos acontecimientos la ciudad jugó un rol principal, en cuanto entidad político-social, en la gestación y condicionamiento del hecho mismo. Este a su vez provocó transformaciones en la estructura urbana, aun en períodos en que no se produjeron adelantos en la infraestructura física de las ciudades.

Las diferencias entre ambos conceptos: estructura física y estructura urbana, no siempre presentes en la literatura especializada, aparecen con gran claridad durante estos acontecimientos históricos, particularmente cuando lo característico de él no fue el crecimiento económico ni demográfico sino las decisiones políticas y sociales.

Es el caso de algunas medidas estatales de la primera mitad del siglo (abolición de gremios, pago monetario a la servidumbre, secularización de

* Trabajo encargado al autor por el Instituto de Estudios de Administración Local de Madrid para su publicación en un libro sobre "Las ciudades de España y América". Los gastos de la investigación fueron financiados por la Dirección de Investigación de la Universidad Católica de Chile.

** Profesor Titular del Instituto de Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Colaboraron en la investigación Mario Valdivia, Rafael Guilisasti, Luis Alvarado, Hugo Fuchs y María Teresa Lladser.

propiedades de la Iglesia, etc.) que profundizaron la división social del trabajo, sin mediar progreso económico alguno. El efecto urbano de estas medidas fue la diferenciación entre usos del suelo (trabajo versus residencias, comercio versus vivienda, etc.), con las consecuentes recomposiciones de relaciones espaciales. En otras palabras, La estructura urbana cambió dentro de la estructura física colonial inalterada.

Si bien el estancamiento económico y las pugnas políticas propias del período no impidieron cambios en las estructuras urbanas durante la primera mitad del siglo, sí fueron causa de desarticulación de los sistemas urbanos coloniales. Las grandes colonias, empobrecidas por las guerras de independencia, las pugnas políticas internas por la posesión del Estado, mantuvieron en la subsistencia rural a la gran mayoría de la población.

La apertura de las economías regionales al mercado mundial modificó radicalmente el aletargamiento ruralizado del período previo. La apertura se inició a mediados de siglo, cuando las nuevas repúblicas habían alcanzado una relativa estabilización política y la expansión capitalista mundial alcanzaba su apogeo en Europa.

La presión de la demanda externa por materias primas y alimentos se hizo sentir sobre la agricultura y las tierras empezaron a ser requeridas en forma creciente para la producción especializada, aumentando la demanda de mano de obra libre.

En contraste con el período anterior, los sistemas urbanos se articularon en torno a las ciudades capitales, las que experimentaron un crecimiento demográfico notable al constituirse en asiento de la vida comercial y financiera en expansión y en polo de inmigración interna y externa. Al mismo tiempo, la apertura del espacio americano al mercado internacional animó la vida de muchos puertos, algunos de los cuales crecieron tanto o más que las ciudades capitales. Fue justamente en este período cuando se iniciaron procesos de urbanización concentrados y sostenidos y transformaciones internas de la ciudad apoyadas por inversiones materiales y no sólo por medidas políticas.

Finalmente, dos grandes acontecimientos históricos, estrechamente vinculados entre sí, caracterizan el tercer período estudiado, el cual comprende el último cuarto de siglo. Por un lado, la penetración masiva y avasalladora del capital extranjero en todos los países hispanoamericanos. Por otro, la imposición definitiva del liberalismo como sistema político e ideología dominante, el que ya había obtenido importantes triunfos sobre las tendencias más conservadoras en el período anterior.

En la sección correspondiente a este período se analizan los avances vertiginosos que, bajo el impulso de la inversión extranjera, experimentó el capitalismo en Hispanoamérica: el decidido predominio del capital industrial y financiero, el desarrollo del mercado interno, el aumento en la concentración de la propiedad, la división del trabajo cada vez más acentuada entre campo y ciudad, todo lo cual se expresó en un auge económico sin precedentes para la mayor parte de las sociedades latinoamericanas.

Estas fueron las fuerzas sociales subyacentes de una vigorosa dinámica urbana. No sólo las capitales, sino que también ciudades secundarias experimentaron un gran crecimiento, en lo cual las migraciones internacionales jugaron un papel decisivo. Por otro lado, los sistemas urbanos se integraron territorialmente en torno a las ciudades capitales. Estas fueron, más que nun-

ca, activas protagonistas de dichos fenómenos. Asiento de un Estado central fuerte, el cual constituía muchas veces la principal herramienta con que contaban las burguesías nacionales para obtener excedentes de la economía exportadora, las ciudades capitales fueron escenario de las grandes decisiones políticas que desde la cúspide del poder afectaban los destinos de toda una nación. Además, casi toda la riqueza obtenida en esos años fue exhibida y consumida en las capitales, cuya fisonomía experimentó transformaciones, en algunos casos, como el de Buenos Aires, espectaculares.

Por último, en este periodo las grandes ciudades fueron el principal símbolo del liberalismo. En ellas se pretendió exhibir el triunfo del mundo civilizado, el progreso económico y la modernización que las élites sociales hicieron suyos, desentendiéndose del entorno considerado por ellas, atrasado, vulgar o inculto.

Hacia fines del siglo las ciudades adquirieron estructuras espaciales cada vez más segregadas y se transformaron en breve tiempo en el escenario de las más importantes luchas reivindicativas y políticas impulsadas por amplios sectores populares organizados.

I. LA CIUDAD Y LA RUPTURA DEL ORDEN COLONIAL: PRIMERA MITAD DEL SIGLO

1 Independencia y cambio en las cúpulas urbanas

Fue en las principales ciudades americanas, capitales virreinales y de intendencia¹ en donde se originó la ruptura del orden colonial y propulsó su sustitución por un orden nuevo desde la segunda mitad del siglo XVIII. Los principales agentes de la ruptura y del cambio fueron las clases mercantiles que enfrentaron en su propio seno a la vieja sociedad de conquista de carácter hidalgo.

La nueva clase de comerciantes se fortaleció notablemente con la liberación del comercio colonial a fines del siglo XVIII. Las ciudades crecieron, aumentó el número de comerciantes y de propietarios de tierras y minas que se involucraron en actividades mercantiles de base urbana. En la cima de esta clase se ubicaron los comerciantes españoles y criollos (estos últimos en proporción creciente), que pasaron a controlar el nuevo comercio de exportación desde las principales ciudades.

Las clases comerciales urbanas persiguieron una política de reforma del orden colonial en la medida que éste imponía límites a la expansión de las actividades de importación-exportación, y entendieron que no era en la esfera económica, sino en la ideológico-política, en la cual se debían desencadenar los cambios en favor de un nuevo orden. La base ideológica se encontró en el reformismo ilustrado que surgió en la propia España desde mediados del siglo XVIII. En América, el reformismo ilustrado se incorporó a la matriz de las ideas políticas de las clases comerciales criollas. Paulatinamente, sin embargo, se fue imponiendo la otra vertiente de la ilustración y el racionalismo: la ver-

¹ Denominaciones correspondientes a la nomenclatura administrativa de las reformas borbónicas de finales del siglo XVIII.

tiente revolucionaria que triunfara en Francia en 1789. Quizás ello ocurrió debido al surgimiento en la escena política local —en medio de la descomposición de la sociedad hidalga— de las castas segregadas de indios, negros, mulatos y mestizos, que con mayor fuerza sufrieron el sometimiento colonial. Según L. Vitale, los argumentos de la burguesía europea contra el feudalismo fueron adaptados por la burguesía criolla para luchar contra la opresión de la monarquía española. La misma terminología liberal era utilizada en función de intereses de clase distintos. Mientras en Europa el liberalismo servía como instrumento de la burguesía industrial contra los terratenientes, en Hispanoamérica era utilizado por los terratenientes y mineros contra el monopolio español. En un caso servía para el proteccionismo industrial; en otro, para el libre comercio².

Una avalancha de insurrecciones sacudió el imperio en todos sus rincones desde fines del siglo XVIII. Los grupos mercantiles criollos entraron a participar en la dirección política de un proceso que terminó con la toma del poder por parte de éstos, constituidos en núcleos oligárquicos en diversas ciudades americanas.

La ruptura del orden colonial implicó el desplazamiento de la burocracia civil y militar del régimen centralizado imperial, la cual era el componente esencial de las cúspides sociales de las ciudades. Al desaparecer dicha burocracia, surgió en su reemplazo una burocracia civil bastante más débil en cuanto a sus atribuciones y nivel social. La posición del clero también resultó debilitada al sufrir una subordinación política que antes no conocía. Y, por último, el sector militar, a pesar de haber tenido un peso mayor que durante la Colonia, tuvo una base de operaciones decididamente menos urbana que antes. De esta forma se debilitó una de las bases de crecimiento de las elites urbanas.

La ruptura implicó, además, el reemplazo de los grandes comerciantes hispánicos que habían controlado el comercio internacional por la fracción criolla de la oligarquía comercial compuesta por latifundistas que producían para el mercado, mineros y comerciantes asentados en las ciudades.

La base de sustentación de la clase comercial criolla era más débil que la de sus antecesores españoles. Por una parte, los capitales comerciales, capaces de establecer redes de alcance internacional, habían sido acumulados por los comerciantes peninsulares y se debilitaron junto con el desplazamiento de éstos. Por otra, si bien estos núcleos y sus componentes podían compartir el interés común de destruir las restricciones comerciales de la Colonia y el orden político imperial, la diversidad de su origen económico y su carácter local o regional les creaba conflictos que explotaban con facilidad a la hora de intentar construir un Estado nacional. Este objetivo demandaba un acuerdo sobre una institucionalidad económica básica, en relación, por ejemplo, al régimen de trabajo en el campo y la mina, a la distribución de las cargas tributarias, etc. Frente a cuestiones como éstas, las contradicciones entre los diferentes grupos pasaban a primer plano, y más aún cuando el Estado, en su debilidad, era utilizado muchas veces como un instrumento personal y grupal de enriquecimiento a expensas de otros.

² VITALE, 1969, pp. 156-157.

2. *Inestabilidad política y desarticulación territorial*

Un resultado evidente de la competencia por la dominación política fue la fragmentación del mapa político de la América española. A pesar de las aspiraciones de un Bolívar con la Gran Colombia o de un Santa Cruz con la Confederación Perú-Boliviana, no existieron grupos oligárquicos con un peso económico y una fuerza política suficientes como para construir tan grandes unidades nacionales. Tres naciones surgieron de la primera, dos de la segunda. La aspiración de Morazán en América Central tuvo el mismo final.

Aún más, la formación de los Estados nacionales se produjo en un contexto de pugnas políticas y militares entre unitarios y centralistas, por un lado, y federalistas o regionalistas, por otro, en casi todos los nuevos Estados nacionales; en particular, en México, Venezuela, Colombia, Argentina y Uruguay. Por momentos estas pugnas amenazaron con pulverizar el mapa americano.

Incluso en los casos como el de Chile, en el que nos parecieron haber existido amenazas serias a la unidad del Estado nacional, las pugnas entre los grupos oligárquicos tuvieron un marcado carácter regional. En ese país, los empresarios mineros del norte y los latifundistas del sur se enfrentaron con los latifundistas y comerciantes del centro asentados en Santiago, antes de que esta ciudad se impusiera definitivamente sobre el resto del territorio.

De este modo, la ruptura del orden colonial abrió un período prolongado de inestabilidad política en las nuevas repúblicas. Durante estos períodos llamados "de anarquía", las guerras civiles en las cuales se enfrentaron regiones, ciudades y grupos continuaron por mucho tiempo después del término de las guerras de independencia³. Transcurrieron entre 20 y 50 años y en algunos casos alrededor de un siglo antes que las burguesías comerciales y las fracciones oligárquicas —que en definitiva pasaron a controlar la producción para la exportación— integraran a los demás grupos en un régimen político estatal único⁴.

Geográficamente el Estado se extendió hasta donde alcanzaba la influencia comercial de la ciudad capital y del grupo o conglomerado de grupos oligárquicos asentados en ella. En este proceso la mayor de las veces las fronteras quedaban delineadas muy difusamente. También fue difusa y poco arraigada la conciencia de identidad nacional durante este período.

³ Junto con la independencia, observan J. RIAL y J. KLACZCO para el caso uruguayo, "llegaron también la guerra civil, La militarización de la sociedad, la paralización económica, la ruralización del poder, los cambios de mano en la propiedad, saqueos, robos... En el período colonial las campañas fueron inseguras por la acción más o menos delictiva de los indios y de los hombres libres, gauchos o gauderios, pero, en último término, ello no pasó del nivel episódico; ahora, la guerra fue el estado normal de la región". RIAL-KLACZCO, 1981, p. 26.

⁴ Según A. G. FRANK, los grandes grupos criollos que se disputaron el poder después de la independencia política fueron, por un lado, los intereses agrícolas, mineros y comerciales de Latinoamérica que perseguían conservar la vieja estructura de exportación sustituyendo a sus rivales ibéricos, y, por otro, los industriales que deseaban establecer un desarrollo capitalista autónomo. Tras las guerras entre federalistas y centralistas, la situación política se estabilizó con el triunfo del grupo de intereses vinculados hacia el exterior, cuya victoria, en gran parte lograda gracias a la ayuda militar de las potencias metropolitanas, abrió las puertas al libre comercio y al mercado mundial. FRANK, 1970, pp. 56-57.

3. *Independencia y cambios en la estructura social de la ciudad*

Si bien la ruptura del orden colonial se originó en las ciudades principales y la formación de los Estados nacionales supuso la consolidación del dominio de unas ciudades sobre el resto de los territorios, ambos procesos implicaron la incorporación a la escena de vastos contingentes rurales y, con ello, una nueva relación entre lo rural y lo urbano.

Las guerras de independencia primero, y después las guerras civiles, arrastraron a vastos sectores rurales a la pugna militar y a la lucha política, que finalmente decidió el triunfo de las ciudades capitales. Los ejércitos criollos fueron formados por hacendados con población esclava o servil, negra e indígena, y mestizos pobres segregados y dependientes de las haciendas. En varios países, hacendados del interior, que muchas veces no conocían las ciudades, se transformaron en generales en la cúspide del Estado y del poder político.

Desde las ciudades, estos nuevos grupos triunfantes formaron su situación económica muchas veces mediante el despojo de tierras y patrimonio de los vencidos, cuando no de prebendas estatales. Por derecho propio pasaron a integrar las oligarquías urbanas. En otras palabras, este período significó el triunfo de la ciudad, pero al mismo tiempo implicó la urbanización de grupos triunfantes de origen rural-regional. Para éstos, su instalación en la ciudad era condición necesaria para compartir el poder de las naciones emergentes.

La estructura de la ciudad de mediados del siglo XIX ganó en complejidad al constituirse en el centro de integración de grupos sociales de diferentes tradiciones e intereses. Nuevas relaciones sociales y pautas de comportamiento vinculadas al libre comercio exterior y a las complejidades de la autonomía política interna coexistieron con otras tradicionales propias del orden colonial o de la vida rural. Fue en estas ciudades y durante este período que comenzó a configurarse la estructura heterogénea de la sociedad latinoamericana moderna.

Hubo siempre un sector de propietarios de tierras y minas que conservó todo lo que fue posible del ordenamiento económico-social de la Colonia (mayorazgos, esclavitud, servidumbre, castas) y que a la vez aprovechó las nuevas condiciones del libre comercio. También hubo sectores interesados en liberar a la mano de obra, eliminar el mayorazgo, imponer un régimen más igualitario y más democrático. Estos fueron los sectores vinculados al comercio, los servicios y la burocracia urbana, y muchas veces propietarios del interior que, declarándose intérpretes y representantes de los grupos plebeyos rurales, competieron por un espacio en las estructuras de poder. Ello no les impidió impulsar desde el Estado políticas conservadoras. La contradicción entre la retórica liberal y la acción conservadora fue lo común durante el período.

En la medida que las ciudades superaron su uniformidad incorporando elementos de culturas rurales que se habían diferenciado significativamente en varios siglos de vida aislada, pudieron encabezar procesos de creación de las identidades nacionales que dieron contenido a los nuevos Estados nacionales en construcción. Las oligarquías que condujeron estos procesos y se formaron con ellos como clases dirigentes urbanas no fueron una mera extensión en el tiempo del orden colonial que las precedieron. En efecto, el régimen social y político de las ciudades capitales experimentó cambios en medio del estancamiento económico que caracterizó a la primera mitad del siglo. De estos cambios, obviamente los más importantes fueron los relacionados con la

construcción del aparato estatal en reemplazo del régimen colonial. Esto significó, por una parte, la supresión de los cabildos y la eliminación de prerrogativas del poder eclesiástico y, por la otra, el surgimiento de servicios públicos tales como correos, escuelas y cementerios.

4. *Cambio socio político en la ciudad versus estancamiento económico general*

Como se dijo antes, los cambios en la cúpula social consistieron en la incorporación a ella de fracciones portadoras de intereses comerciales de corte liberal y otras de origen rural de corte conservador, que ganaron terreno político por su capacidad de movilización para las guerras de independencia.

En cuanto a las relaciones de la cúpula oligárquica renovada con la masa urbana formada por indígenas, mestizos y españoles pobres, los cambios fueron el reflejo de un intento de integración nacional basada en nuevas formas de dominación social. Por un lado, se liberaron ataduras de servidumbre que restringían la expansión del comercio y a la vez contradecían las corrientes ideológicas liberales de origen europeo; y por el otro, se establecían nuevas formas de exclusión social que aseguraban la expropiación interna del excedente y el marco adecuado para un consumo basado en pautas importadas.

En el campo económico la situación fue muy diferente. Los primeros cincuenta años del siglo no fueron de cambio sino de estancamiento de las economías nacionales. Estas sufrieron un agotamiento precoz causado por los gastos militares de la independencia, por las guerras civiles y por el alto costo de la construcción de los aparatos estatales. En suma, a finales de la mitad del siglo los cambios provocados por la ruptura del orden colonial tuvieron un pronunciado desequilibrio entre lo político-social y lo económico.

Las consecuencias del desequilibrio entre cambios político-sociales y estancamiento general de las economías en los sistemas urbanos fueron igualmente contradictorias. Mientras los sistemas urbanos coloniales se desarticulaban, las estructuras internas de las ciudades capitales pudieron experimentar algunos cambios.

En los sistemas urbanos se produjo una disminución relativa de la población de las ciudades capitales, interrumpida circunstancialmente durante las guerras de independencia⁵. Pasadas las guerras, la población de algunas ciudades, como, por ejemplo, Ciudad de México, disminuyó en términos absolutos al producirse el retorno al campo de la población que durante las guerras buscó protección en la ciudad⁶. El estancamiento económico general obligó a la población rural a refugiarse en economías de subsistencia, fenómeno que algunos autores han denominado ruralización de la población.

En efecto, la ciudad se restringió al núcleo urbano propiamente dicho que, a lo más, se extendía a una pequeña zona rural fraccionada en chacras y quintas⁷. Las únicas actividades rurales con cierto dinamismo fueron las de exportación, que animaron la vida en los puertos de una que otra región con ventajas comparativas en producción primaria demandada en otros continentes. Refiriéndose a México en las décadas posteriores a la independencia, Morse

⁵ MORSE, 1976, p. 266.

⁶ GERARDI, 1981, p. 26.

⁷ RIAL-KLACZCO, 1981, p. 42.

señaló que el crecimiento de nuevos puertos modificó la antigua jerarquía de centros urbanos comerciales, al proporcionar a las localidades adyacentes un acceso directo a proveedores externos. Según este autor, ello fue una de las causas que contribuyeron a desarticular el sistema urbano en ese país⁸.

En cambio, si bien durante el período no se presentaron condiciones económicas favorables para la modificación de la estructura física de las ciudades capitales, se produjeron cambios en el uso social de dichas estructuras físicas. Estos cambios no encuentran explicación en variables demográficas, tecnológicas o económicas, a las cuales recurre la sociología urbana tradicional para explicar cambios en las estructuras de las ciudades. Como ya se dijo, durante el período no hubo crecimiento demográfico, innovaciones tecnológicas ni crecimiento económico en las ciudades capitales. La explicación de los cambios en las estructuras urbanas reside en la esfera político-institucional. Fueron el producto de decisiones provenientes de proyectos políticos de los nuevos Estados que, no obstante ser jurídicamente independientes, empezaban a ser influidos desde antes de mediados de siglo por nuevas relaciones de dependencia ideológico-cultural de la Europa liberal en plena expansión industrial. En este sentido es sugerente la investigación realizada por Alejandra Moreno T. y Jorge González A. sobre la estructura urbana de Ciudad de México durante la primera mitad del siglo, que para dicha ciudad fue de estancamiento poblacional, económico y tecnológico a la vez. Según estos autores, los cambios ocurridos fueron profundos y se debieron a decisiones político-institucionales que promovieron la secularización de la ciudad, la diferenciación de los valores de la tierra y la separación del lugar de trabajo respecto del de residencia de la población indígena⁹.

Sin embargo, el estancamiento económico puso freno a la transformación física de las ciudades por parte de oligarquías crecientemente influidas por pautas culturales y estéticas de una Europa de gran prosperidad. En este sentido, los cambios fueron modestos durante el período. Aparecieron algunas casas de dos pisos con modificaciones menores de la planta colonial. Fue el alhajamiento, más que la arquitectura, lo que las familias acomodadas incorporaron a sus residencias. Sólo al final del período comenzaron a perfilarse obras de infraestructura urbana dentro de concepciones de planificación urbana global con fines sociales manifiestos, el más importante de los cuales fue la valorización de los distritos residenciales de los grupos de mayor status socio-económico en el área central de la ciudad. Así y todo, las ciudades mantuvieron su aspecto colonial, expresado por el trazado ortogonal de calles, casonas en su mayoría de adobes y tejas, y sólo unas pocas construcciones de piedra o albañilería, especialmente iglesias, claustros y edificios del antiguo gobierno colonial.

Las nuevas instituciones que se hicieron cargo del manejo político y administrativo de los Estados se acomodaron en los edificios y espacios levantados por el orden colonial. Asimismo, las empobrecidas economías urbanas no estuvieron en condiciones de realizar innovaciones en pavimentación de calles, servicios de agua y alumbrado público, con la excepción de ciertas áreas pri-

⁸ MORSE, 1976, p. 277.

⁹ MORENO, A.- GONZÁLEZ, J., 1977, pp. 179-188.

vilegiadas muy reducidas del centro de la ciudad¹⁰. Rodeando el centro se extendieron los barrios de estratos medios y bajos, compuestos principalmente por pequeños comerciantes, artesanos y funcionarios administrativos menores. Las casas eran más pequeñas y de inferior calidad que en el centro de la ciudad; el comercio y servicio menos numerosos, y no había pavimentación ni alumbrado en las calles¹¹.

Los procesos de cambio en la ciudad acompañados de estancamiento rural, si bien fueron generales a toda la región latinoamericana, se presentaron con diferencias entre los países. También fueron diferentes los ritmos con que los países salieron del estancamiento económico para entrar en procesos de desarrollo que integrarían los sistemas urbanos nacionales en función de los mercados internos.

La estabilización de la situación política a mediados de siglo fue, por supuesto, una condición necesaria para rearmar contactos comerciales, aprovechar las ventajas del comercio internacional y acumular capital. Donde esta estabilidad se consiguió con mayor rapidez, más rápidamente se desarrolló la economía, y antes comenzaron a crecer las ciudades. Fue en Chile donde más tempranamente, después de obtenida la independencia de España, se resolvieron los conflictos internos que se oponían a la consolidación del Estado, y fue ese país el que con mayor prontitud se reincorporó a los mercados mundiales. Ambos hechos históricos explican que, durante la primera mitad del siglo, la ciudad de Valparaíso triplicara su población, mientras Santiago la multiplicaba por dos veces y media. En el otro extremo, Lima y Caracas no aumentaron su población durante ese período, lo cual en buena medida fue el reflejo de la inestabilidad política interna y de la marginación de los respectivos países de los mercados europeos, cuya demanda encontró respuestas más adecuadas en la producción primaria de los países del Cono Sur.

II. LA INCORPORACIÓN DIRECTA AL MERCADO MUNDIAL: 1850-1875

1. *Libertad comercial y expansión económica*

Tardó casi medio siglo desde la ruptura del orden colonial para que algunos países alcanzaran la estabilidad política y comenzara a percibirse en ellos el impacto de la libertad comercial¹². La demanda de la Europa industrial

¹⁰ A mediados de siglo, Montevideo... "no era mucho más que una 'gran aldea'. Sus calles eran de tierra, carecía de servicios municipales de limpieza, no había alcantarillas y colectores para aguas servidas. Los edificios públicos más importantes eran aún los de la época colonial: la Catedral, el Cabildo y el Fuerte. Alojaba a la única institución de enseñanza superior: la Universidad Mayor, recientemente creada, y el único hospital del país. Empero, poco después comenzaron a aparecer las mejoras y servicios propios de las más importantes ciudades del mundo europeo, que le servían de modelo". RIAL-KLACZCO, 1981, p. 97.

¹¹ HARDOY, 1972, p. 133.

¹² La estabilidad política fue, en gran medida, el producto de la constitución de un ejército profesional único. Durante las décadas que siguieron a la independencia cada gran hacienda tenía la posibilidad de organizar su propio ejército. Pero una vez lograda la unificación del Estado nacional, el poder central monopolizó los medios de violencia contra las pretensiones de los estados o departamentos de tener ejércitos propios. En cambio, en los países donde vencieron los liberales (Venezuela, Ecuador), quienes propiciaban el

por productos primarios favoreció principalmente a los países del Cono Sur, los cuales experimentaron a mediados de siglo un rápido auge económico derivado directamente de la ampliación efectiva del mercado para sus producciones. Cobre, oro, plata, trigo, lana, azúcar, guano son algunos de los productos en cuya exportación se basaron los auges comerciales.

La expansión económica involucró actividades rurales (haciendas y minas) y urbanas (comercio). Sin embargo, la actividad que ofreció mejores y más rápidas ganancias fue el comercio de exportación e importación. Atraídos por las ganancias del comercio exterior, comerciantes llegados desde países europeos desde la década de 1860 pasaron a controlar esta actividad, desplazando a los comerciantes criollos. El extranjero fue, en casi todas partes, el gran organizador de los nuevos contactos comerciales. Probablemente, de haberse concentrado el comercio de exportación e importación en manos criollas, la expansión exportadora comercial habría sido mucho más lenta.

La ventaja del extranjero frente al comerciante criollo fue su conocimiento del comercio mundial. Atraídos por las oportunidades abiertas por el intercambio comercial, los comerciantes extranjeros fueron en su mayor parte individuos relativamente pobres, aventureros, dispuestos a hacer en América la riqueza que les era esquiva en sus países de origen.

Los ingleses se instalaron en todas las ciudades americanas; los franceses, en menor número, se ubicaron principalmente en la costa del Pacífico; los norteamericanos y alemanes, en el Caribe. En menor cantidad llegaron portugueses e italianos. En varias ciudades los extranjeros concentraron el comercio en sus manos, y muchos de ellos lograron amasar grandes fortunas. En su mayor parte se nacionalizaron y lograron, por su fortuna y por el solo hecho de ser europeos, incorporarse a las capas más altas de la oligarquía. Pronto establecieron con las principales familias criollas lazos familiares, contribuyendo así a la heterogeneidad de la cúpula social.

La expansión de la producción agropecuaria y minera produjo transformaciones en las zonas rurales. La plantación, la ganadería y la agricultura cerealera aumentaron sus requerimientos de tierra para una producción especializada. En los espacios rurales poblados, el cambio de uso de la tierra debió producirse a expensas de tierras de labranza dedicadas a cultivos de subsistencia, con una muy baja productividad del trabajo.

La producción agropecuaria mercantil necesitó tierras y éstas, en consecuencia, se valorizaron estimulando procesos de apropiación y concentración de la propiedad de las más fértiles, procesos que se agudizaron a fines de siglo, extendiéndose hasta comienzos del siglo XX.

Esto implicó destruir formas de subsistencia y desatar una corriente de mano de obra libre provista sólo de su capacidad de trabajo, que sólo en una mínima proporción podía ser absorbida en las ciudades. La mayoría permaneció en el campo contribuyendo al vagabundaje y bandolerismo rurales que fueron característicos en este período.

federalismo y estaban en contra de un Estado central fuerte, el proceso de conformación del Estado unificado fue más largo y conflictivo, resolviéndose los problemas entre los grupos dominantes a través de dictaduras militares y del caudillismo. KALMANOVITZ, 1977, p. 187.

La producción especializada demandó también mano de obra. En la producción agropecuaria de las zonas rurales pobladas seguramente se requirió menor cantidad de población que la desplazada por la producción especializada. En cambio, en las zonas rurales menos pobladas, como fue el caso de zonas de plantación, y sobre todo mineras, la mano de obra se hizo escasa, recurriéndose a la inmigración interna desde las regiones más densamente pobladas y, cuando ello no fue posible, a la importación de mano de obra de otros continentes.

Los cambios en los requerimientos de mano de obra debieron producir transformaciones en el régimen de trabajo tradicional basado en relaciones precapitalistas. Desde las ciudades hubo una presión persistente de carácter liberal sobre el régimen de trabajo que se hizo más intensa como resultado de la movilización de elementos plebeyos (mestizos y mulatos, negros e indios) en las luchas políticas y militares de la primera mitad del siglo. Es probable que estos dos factores combinados contribuyeran a que en este período se aboliera la esclavitud y se suprimiera el tributo personal de los indios en casi todos los países¹³.

De este modo, la expansión de la producción en el campo y la mina se hizo con mano de obra libre. En la mina ello condujo a generar masivamente el trabajo asalariado y, con ello, los primeros grupos de proletariado. En el campo la situación fue distinta. Instituciones como el "inquilinaje"¹⁴ permitieron disponer de mano de obra libre sin necesidad de incurrir en gastos monetarios, mediante el préstamo o alquiler de tierras.

En varias regiones la tierra agrícola, valorizada bajo el estímulo de la demanda externa de sus productos, se convirtió gradualmente en un artículo transable, divisible, vendible en el mercado, presionando sobre instituciones como el mayorazgo, ejidos y dehesas que terminaron por desaparecer antes de fines de siglo.

2. *Expansión económica y crecimiento urbano*

La expansión económica y comercial generó un crecimiento urbano que contrastó con el estancamiento del período anterior. Las ciudades se transformaron en polos de demanda de mano de obra debido a dos razones generales.

Por una parte, se amplió el número de propietarios de tierras y minas y de comerciantes que disponían de un excedente monetario como para establecer su residencia en la ciudad. Muchos latifundistas se convirtieron en burgueses dedicados a la agricultura, debido a que el desarrollo productivo en el campo les permitió radicarse en las ciudades y delegar sus funciones administrativas a funcionarios especialmente contratados para ello. Por otra parte,

¹³ La abolición de la esclavitud, sin duda, favoreció la urbanización. En efecto, la esclavitud, al facilitar la autosuficiencia económica del latifundio, constituyó un obstáculo fundamental a la urbanización. Allí donde la economía latifundista creció independientemente de las ciudades, y sobre todo donde se mantuvieron la explotación esclavista y las relaciones de producción serviles, el desarrollo urbano fue más débil que en los países donde no existió el peso de la esclavitud (Argentina, Uruguay, Chile). De esta forma, un factor básico para el impulso del crecimiento urbano fue la introducción y generalización del trabajo libre. CARDOSO, 1973.

¹⁴ La relación de trabajo que consiste en la concesión, del propietario latifundista al trabajador, de un lote de terreno en usufructo para la subsistencia de él y su familia a cambio de jornadas de trabajo agrícola en la explotación latifundiaria.

aumentaron las rentas personales de la oligarquía y las clases pudientes, así como los gastos urbanos que el Estado comenzaba a realizar. La expansión comercial elevó las rentas personales y las rentas estatales, produciendo un efecto de expansión del comercio, servicios personales, artesanado de reparación, fabricación y construcción¹⁵.

La mayor parte de las ciudades creció significativamente. Algunas como La Habana y Buenos Aires casi duplicaron su población entre 1850 y 1875, y Lima salió de su letargo aumentando su población de 60.000 a 100.000 habitantes durante el mismo período. Ciudad de México, que durante el período anterior estuvo prácticamente estancada, aumentó su población de 200.000 a 270.000 habitantes en dicho período.

No fue este, sin embargo, un período de concentración urbana en una o dos ciudades por país. No se iniciaba aún el proceso de primacía de una ciudad que tipificaría a Latinoamérica en el siglo XX. Ni el comercio ni las redes de transporte ni la industria incipiente favorecieron a las ciudades capitales, excepto en Argentina, debido a la variedad de funciones de Buenos Aires.

En este período de auge comercial el espacio americano se abrió y vinculó directamente al mercado mundial por todos lados. La actividad comercial e intercambio en general se concentró en los puertos. Estos crecieron tanto o más que las ciudades capitales¹⁶: Guayaquil más que Quito; Barranquilla más que Bogotá; Valparaíso acortó su diferencia con Santiago por primera y única vez. Por otra parte, no se contaba aún con redes de transporte ferroviario que integraran los territorios en torno a la ciudad capital. Recién a mediados de la década del 70 el ferrocarril integró los mercados regionales de la mayor parte de los países, facilitando la concentración del crecimiento económico y demográfico en las ciudades capitales.

3. *Surgimiento del capital industrial y triunfo del liberalismo*

El capital industrial nació en este período y se localizó más bien lejos de las ciudades capitales, otra vez con la excepción de Argentina. Su desarrollo estuvo asociado por lo general al sector exportador. La exportación de minerales requirió desarrollar fundiciones. Históricamente éstas comenzaron siendo pequeñas, desperdigadas, ubicadas en las bocaminas y basadas en la leña como combustible. El desarrollo del capital comercial y la ampliación de la demanda por mineral permitieron la instalación de grandes fundiciones, con hornos de carbón y alto uso de mano de obra asalariada. Tal es el caso, por ejemplo, de la explotación de cobre en el norte chileno, la minería en México, etc. Este

¹⁵ T. H. DONGHI describe cómo las nuevas modas y pautas de consumo dieron origen en este período a nuevas necesidades de servicios, que significaron importantes oportunidades de trabajo: "...la moda de los relojes de consola y bolsillo impone que haya relojeros para componerlos; la atención más asidua —si no más ilustrada— al cuidado de la salud multiplica los boticarios; la necesidad nueva de seguir la cambiante moda vestimentaria multiplica aún más rápidamente el número de sastres y modistas". DONGHI, 1980, p. 107.

¹⁶ "De un pequeño pueblo de campaña gobernado por un juez de paz, a principios de la década de 1850, Rosario pasó a tener 9.785 habitantes en 1858 y 23.169 habitantes en 1869, fecha del Primer Censo Nacional de Población. Durante esos once años su población creció a una tasa anual de 7,86%, una de las más altas para cualquier ciudad del mundo en esa época. Esta cifra evidenciaba el impacto del nuevo rol de Rosario como puerto fluvial de entrada de inmigrantes y como centro de las comunicaciones terrestres entre el litoral y las provincias del interior, especialmente las tierras del centro y sur de la provincia de Santa Fe". HARDOY, 1984, p. 78.

tipo de actividades condujo, además, a la explotación capitalista del carbón. Otras industrias vinculadas a la exportación que comenzaron a desarrollarse conforme a prácticas capitalistas fueron los saladeros del Río de La Plata y los molinos del trigo allí y en Chile.

El mercado interno, a medida que creció, permitió que algunas actividades artesanales fueran reemplazadas por industrias capitalistas y el desarrollo de actividades productivas nuevas. Fábricas de cerveza, de fósforos, de cigarrillos, refinerías de azúcar comenzaron a organizarse como explotaciones capitalistas en las ciudades principales; lo mismo empezó a ocurrir con el transporte. En México, que contaba con la mayor cantidad de población urbana, se instalaron fábricas de hilados, azulejos, textiles.

Algunas de las instalaciones fabriles, como las fundiciones, tuvieron un gran tamaño. Otras, típicamente las que producían para el mercado interno, fueron más pequeñas. Todas, sin embargo, cualquiera fuese su tamaño, tuvieron un carácter manufacturero. Esto es, se basaron en la organización del trabajo manual de obreros dotados de escasos medios técnicos y equipos. En otras palabras, se trató de un capital que se invirtió básicamente en salarios y muy poco en capital fijo¹⁷.

El capital comercial condujo, en todos los países donde se expandió, al capital de préstamo. El "adelanto" al hacendado, al ganadero o al minero por sus producciones fue probablemente el origen de las operaciones de préstamo. De ellas surgió el capital bancario. Este, dado su carácter centralizador, tuvo un importante rol en el impulso de la concentración urbana. En efecto, el banco fue un mecanismo de centralización incipiente de capitales que permitió superar la producción dispersa, artesanal, simple, y pasar a escalas de producción más amplias cuando no claramente capitalistas. Además, a partir del capital de préstamo y del banco, muchos comerciantes de exportación e importación comenzaron a adquirir intereses en industrias y actividades productoras de exportables de localización concentrada.

Este proceso de crecimiento económico derivado de la libertad de comercio internacional erosionó el poder de las fracciones más conservadoras de las oligarquías criollas por varios flancos.

Por una parte, se produjo el ascenso dentro de la oligarquía de los nuevos comerciantes extranjeros, que se ubicaron rápidamente en la cima económica de las clases altas. Ideológica y políticamente, el conservadurismo perdió fuerza. En cambio, comenzó a imponerse, convertida en liberalismo, la vieja política del reformismo ilustrado, diluida y debilitada por décadas de guerras civiles y de ascenso de las fuerzas y expresiones rurales. Fueron éstos cambios que ocurrieron en el propio seno de la oligarquía.

Por otra parte, con la expansión económica se multiplicaron en las ciudades las clases pudientes. Un negocio afortunado, una explotación rural

¹⁷ En las nuevas unidades industriales, según sostiene T. H. DONGHI, se distinguían dos niveles de mano de obra asalariada: "el calificado, por su destreza o por su vinculación a actividades de tradición prestigiosa, que goza de altos salarios (en industrias de corte tradicional, como la del saladero en el Río de La Plata, que aumenta las dimensiones de los establecimientos, pero no innova tecnológicamente en otras que utilizan nueva tecnología, como la de la cerveza, que se difunde en las ciudades importantes junto con el consumo de esa bebida antes importada), y otro que busca reclutar mano de obra más barata entre mujeres y niños (fábricas de fósforos o cigarrillos) o entre la mano de obra menos especializada". DONGHI, 1980, p. 111.

exitosa condujeron a la ciudad a un nuevo rico que luchó por ser admitido en los círculos selectos. Asimismo, en la economía urbana progresaron muchos comerciantes pequeños y artesanos que comenzaron a aumentar en número y riqueza. Eran auténticamente capas medias surgidas de los medios plebeyos por obra del progreso económico. En realidad, descompuesto el viejo régimen de castas, sustituido paulatinamente por relaciones mediadas por el dinero, el progreso económico inevitablemente promovía a las capas medias que los grupos oligárquicos más conservadores no podían aceptar debido a su origen social. Políticamente, estos grupos fueron movilizados por el liberalismo y encuadrados por éste. Fue el caso de los artesanos que irrumpieron en Bogotá, en Santiago y, más tarde, en Lima¹⁸.

En toda América se impuso una ideología y una política liberal. La cuestión más importante que se discutía fue el problema del mantenimiento del orden socioeconómico colonial; en particular, el régimen de trabajo. Esta batalla fue finalmente ganada por los liberales y a mediados de la década del 70 estuvo prácticamente terminada.

El período de la incorporación directa al comercio mundial concluyó en todas partes con el triunfo político del liberalismo. Ello no significó necesariamente la democratización de la sociedad. Si bien el liberalismo proclamó el libremercado, abolió la esclavitud y liberó al indio de la servidumbre, tuvo un gran prejuicio contra estas "otras" clases, contra la sociedad india, negra, mulata y mestiza. Acaso fue, quizás, un resabio de la vieja sociedad hidalga con sus concepciones de casta que impregnaba al nuevo liberalismo. El hecho es que el reformismo ilustrado devino de un despotismo ilustrado; en la reforma y la educación despótica de la sociedad para la libertad.

4. *Transformación de las ciudades*

El conjunto de cambios económicos, sociales y políticos ocurridos durante el período trajo una serie de modificaciones arquitectónicas y espaciales en la mayor parte de las ciudades americanas.

Aunque el viejo aspecto de ciudad colonial era manifiestamente el preponderante, comenzaban ya a aparecer en las principales ciudades algunas modificaciones importantes de su fisonomía, signos visibles de un estilo de vida urbana que, a partir de mediados de siglo, tendía a imitar cada vez más el de las capitales europeas. Aunque el desarrollo urbanístico promovido por el Estado sería un fenómeno típico de fines de siglo, varias ciudades ya empezaban a ser transformadas por obras de renovación urbana. En la década de 1850, La Habana, Lima y Buenos Aires adoptaban el alumbrado público con gas. En algunos casos se hicieron los primeros esfuerzos por modificar el tra-

¹⁸ A propósito de estos grupos sociales, T. H. DONGHI, escribe: "...hacia mediados de siglo existe en las mayores ciudades hispanoamericanas no sólo un grupo nutrido de artesanos y pequeños comerciantes claramente diferenciados de la plebe, sino también —a la cabeza del grupo— unas cuantas figuras socialmente inaceptables para la élite urbana cuya fortuna rivaliza, sin embargo, con la de los miembros más prósperos de ésta. En la década de 1840 la presencia de esos grupos comienza a hacerse sentir en la vida urbana, aún en su dimensión política. Es la 'gente de chaqueta' en que se apoya, sobre todo Rosas, que afecta desdeñar el frac en que se enfundan los miembros de la élite tradicional, pero viste con un atildamiento que la separa de las clases populares. Es —más ortodoxamente— la irrupción de los artesanos suscitada en Santiago de Chile y Bogotá por los sectores liberales de la élite, que los encuadran políticamente. DONGHI, 1980, p. 108.

zado urbano. En Lima se demolieron las murallas y se trazaron nuevas calles, lo mismo que en Montevideo. Se abrieron paseos y parques en Buenos Aires, México, Santiago.

Pero fue en el área central donde se concentró casi la totalidad de los gastos en obras públicas y donde se produjo una renovación notoria del aspecto físico de la ciudad. Asiento de las clases altas y del Estado, era el centro donde se exhibía y consumía lo más sustancial de la nueva riqueza producida por el desarrollo de la economía exportadora.

La actividad comercial, cada vez más especializada por la expansión del mercado de consumo urbano, se multiplicó y extendió por las calles centrales, donde en poco tiempo más aparecerían las primeras grandes tiendas de ropa imitando las de París y Londres.

Las nuevas instituciones surgidas en este período demandaron la construcción en el centro de edificios que las cobijaran y representaran adecuadamente. Bancos, compañías de seguros, hoteles, clubes, diarios comenzaban a contar con locales cuya arquitectura suntuosa reflejaba el deseo de exhibir la imagen de una sociedad próspera, que, en algunas ciudades como Buenos Aires, nada tenía que envidiar los niveles alcanzados por las grandes metrópolis internacionales.

Sin embargo, lo que más marcó a las grandes ciudades de esta época fueron las mansiones que las familias más ricas de la oligarquía comenzaban a construirse. La antigua casa señorial criolla comenzaba a ser reemplazada por palacetes de tipo europeo. En los estilos más caprichosos, pero primando el afrancesamiento, por primera vez edificios privados comenzaban a destacarse por sobre las bajas casonas coloniales.

La expansión del área central fue absorbiendo en forma gradual el territorio que anteriormente acogía los barrios de sectores medios y bajos. Estos, a su vez, fueron extendiéndose hacia la periferia ocupando los antiguos suburbios destinados en épocas anteriores a quintas¹⁹. Nuevos y más grandes espacios urbanos, por lo general carentes de alumbrado, pavimentación, desagües, se llenaron de ranchos que contrastaban aún más que antes con las casas oligárquicas. Eran las nuevas clases populares urbanas, cada vez más numerosas. Clases libres, pero despojadas también de protección y propiedad. Dependían para vivir cada vez más exclusivamente de un salario que era, para la gran mayoría, apenas suficiente para soportar una vida urbana miserable. Eran, además, clases completamente marginadas del poder político.

III. EL LIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA A PARTIR DE 1875 Y LA NUEVA DINÁMICA URBANA

1. *Penetración del capital extranjero y apogeo del liberalismo*

Lo que era un crecimiento económico más o menos marcado producto de la incorporación directa al comercio internacional, se transformó en una verdadera explosión económica con la penetración de la inversión extranjera desde alrededor de 1875 en adelante.

¹⁹ HARDOY, 1972.

En efecto, en los inicios del último cuarto del siglo XIX el mundo industrial —esencialmente los países avanzados de Europa y Estados Unidos— entró en apogeo. La gran empresa triunfó en todas las áreas; grandes volúmenes de capital promovieron el desarrollo de sectores nuevos y se expandieron por el mundo en busca de oportunidades de ganancias. El viejo mundo rural fue profundamente erosionado y contingentes inmensos de población fueron desarraigados del campo y lanzados a las ciudades, las que comenzaron a crecer a ritmos sin precedentes. Lo que en principio no fue más que una necesidad del gran capital, esto es, crear condiciones de valorización internacionales, pronto se expresó políticamente como la necesidad de asegurar el alimento y las materias primas para las ciudades y la industria nacionales. La inversión de capital a escala internacional se inició así junto con el nuevo desarrollo de una competencia de características abiertamente imperialistas entre las potencias industriales.

Latinoamérica había demostrado claramente ser un lugar de interés para el capital desde mediados de siglo, si no antes. Los alimentos, los productos agropecuarios y las materias primas minerales más variados se produjeron allí y se vendieron favorablemente en el mundo industrial. Nuevos rubros, como el salitre, prometieron transformarse en vetas renovadas de riqueza. El mercado interno latinoamericano, animado por los requerimientos estatales de infraestructura de transporte y servicios urbanos, fue cada vez más significativo. Las ganancias financieras provenientes de préstamos en dinero a los gobiernos fueron crecientes. Latinoamérica fue, sin duda, el continente de las grandes oportunidades para el gran capital en la producción, el comercio y las finanzas.

El inversionista extranjero contó siempre con una actitud de bienvenida entusiasta de parte de los grupos liberales latinoamericanos. El liberalismo amó el progreso y la modernización y persiguió, en consecuencia, su incorporación al mundo industrial moderno a toda costa. Cuando la presencia del capital extranjero despertó resistencia, se pudo echar mano a los métodos directos. La presión y la intervención militares no fueron desusados en este período, aunque ciertamente el bloqueo y bombardeo de puertos y la ocupación territorial se utilizaron en casos extremos. Más corrientes fueron las acciones indirectas: la intervención política, la asociación económica con grupos internos, cuando no la corrupción directa, todos métodos de ablandamiento y penetración que los Estados oligárquicos latinoamericanos difícilmente pudieron resistir.

Es indudable, sin embargo, que, mucho más importante que las acciones explícitas mencionadas, fue el progreso económico y social que produjo la inversión extranjera, así como el ropaje ideológico con el que venían cubiertas, lo que más influyó en la acogida local.

Ideológicamente el liberalismo fue conducido al triunfo por el apogeo de la revolución industrial. Los hechos demostraron, en casi toda Europa y Estados Unidos, que, liberado el hombre de toda coerción y desplegadas sin restricciones su actividad e iniciativa, se produciría un progreso incesante en todos los ámbitos de la vida social. El avance del conocimiento científico y de las habilidades técnicas condujo a un aumento de la riqueza social, lo que redundó en un mejoramiento sistemático e ilimitado de las condiciones de vida de todos los individuos. El liberalismo condujo al hombre a la racionalidad, y la racionalidad al progreso. El avance acelerado de las potencias

industriales revistió a estos argumentos del carácter de una verdad demostrada racionalmente. El progreso que pareció atraer a todos dio al liberalismo, además, una justificación moral.

Con el respaldo de sus resultados en los países industriales, el liberalismo se impuso como sistema político inclusive en los lugares donde fue resistido. Racional y moralmente ello no sólo era justificado, sino que era, en rigor, una exigencia. Debió imponerlo el hombre blanco europeo que en posesión de la libertad y del conocimiento racional surgió como el triunfador. Se pudo citar en adelante a Spencer, quien combinaba la vieja doctrina liberal de Hume, Smith y Mill con el moderno evolucionismo biológico de Darwin y Wallace, para sostener que el triunfo era precisamente la demostración de la justificación del liberalismo. El hombre europeo impulsó así su misión civilizadora en el mundo. Primero lo hizo con el libre comercio y luego condujo directamente el progreso con sus inversiones a todas partes. Donde fue necesario, lo hizo con el "bigstick" y a cañonazos.

Esta ideología coincidió con el liberalismo desarrollado en Latinoamérica. Más allá del origen filosófico común, está el hecho que permitió justificar la posición que los grupos liberales ocupaban en las sociedades americanas. Estos se percibían a sí mismos desempeñando un rol equivalente al que desempeñaba el hombre europeo en el mundo. Eran los encargados de imponer el conocimiento racional y el progreso en un mundo primitivo y supersticioso. Fue quizás la vieja idea colonial de la sociedad de castas que perduró a través de una codificación nueva. En este sentido, no es paradójal que el liberalismo en Latinoamérica no haya sido necesariamente una fuerza democrática sino más bien una oligocrática²⁰.

Además hubo otros factores para una actitud favorable a la inversión extranjera en Latinoamérica. Quizás el factor más importante de apoyo al liberalismo y a las inversiones extranjeras fue la difusión de la ideología del ascenso social individual alimentada por manifestaciones objetivas de progreso. En efecto, motorizados por el gran capital extranjero, los regímenes liberales lograron desatar un rápido progreso económico-social. Este proceso permitiría, durante mucho tiempo, abrir nuevas posibilidades de éxito económico y ascenso social a numerosos individuos y grupos.

Así, el periodo de apogeo de la penetración del capital extranjero correspondió en Latinoamérica a la época del triunfo del liberalismo. Ambos procesos estuvieron estrechamente unidos²¹.

²⁰ Según A. G. FRANK, "Mientras al principio de la reforma los liberales se valieron de acusaciones de 'explotación feudal' y 'clericalismo' para combatir a sus rivales conservadores en nombre de la libertad, una vez que los liberales habían alcanzado el poder e impuesto su política de cada vez mayor dependencia con respecto al creciente imperalismo, y que esta política había generado agravantes conflictos y tensiones económicas, sociales y políticas en el país, los principales liberales se apresuraron de ser los primeros en imponer una política represiva, y aún una dictadura militar, para salvar y servir sus propios intereses económicos. El caso en el porfiriato mexicano y en las repúblicas bananeras de Centroamérica y las azucareras del Caribe". FRANK, 1970, p. 62.

²¹ A. G. FRANK sostiene la hipótesis de que las políticas liberales no se concretizan cuando los ideales del liberalismo llegaron a Latinoamérica, sino solamente cuando un aumento apreciable en la producción y exportación de monoproductos primarios fortaleció el poderío económico y político de los liberales. Las fechas de establecimiento de los primeros regímenes liberales son posteriores a 1860, siempre coincidentes con períodos de auge en la economía exportadora de cada país. FRANK, 1970, pp. 59 a 61.

Antes de fines de siglo, el principal problema que tuvo que enfrentar el liberalismo provino de grupos conservadores ultramontanos escandalizados ante el ascenso social de capas sociales "advenedizas" y su estilo de vida laico hedonista. Por lo general, ello provocó algunos roces con la Iglesia que no impidieron el aislamiento político a estos grupos que aparecían manifiestamente atrasados. La mayor parte del elemento conservador, por otra parte, se adaptó a las nuevas circunstancias, en especial debido a que la expansión económica le favorecía directamente. Por mucho tiempo casi "todos" en Latinoamérica fueron liberales.

Mucho más serios fueron los problemas que se suscitarían ya entrado el siglo XX. La pobreza, que se concibió de acuerdo con el liberalismo como un problema —probablemente transitorio— de fracaso individual, no podía continuar siendo percibida con esta ideología en la medida que se hizo persistente.

Los movimientos populares, antiliberales, comenzaron a desplegarse en el propio seno de la sociedad liberal. Asimismo los nuevos grupos medios desarrollarían movimientos democráticos que tendrían una posición ambigua respecto del liberalismo. Sin embargo, sólo por excepción, el Partido Socialista y la Unión Cívica Radical en Argentina, el Partido Unión Nacional en Perú, se organizarían antes de 1900.

2. *La demanda internacional: expansión del capital extranjero*

Durante el último cuarto del siglo XIX el régimen liberal vivió sus mejores momentos. El principal factor expansivo fue el capital extranjero. Las inversiones inglesas, alemanas y norteamericanas fueron gigantescas al compararse con la incipiente acumulación interna de capital. Llegaron, además, a todos los sectores imaginables. Grandes casas comerciales extranjeras comenzaron a concentrar el comercio de importación y exportación. Bancos extranjeros se impusieron en el mundo de las finanzas, en el crédito público y privado. Se realizaron grandes inversiones en las plantaciones, las minas, la producción agropecuaria. Sea el estaño en Bolivia, el café y las frutas en América Central, el azúcar en Cuba, el petróleo en Venezuela, la carne y los cereales en Argentina, el café en Colombia, el salitre en Chile, el capital extranjero desarrolló las principales actividades de exportación en todas partes. Inclusive cuando la ampliación del mercado interno comenzó a abrir oportunidades para la producción industrial, fue el capital extranjero, a través de las casas comerciales, quien se encontraba en la mejor posición para desarrollar la producción sustitutiva de importaciones.

El capital extranjero durante este período fue industrial y financiero más que manufacturero y bancario, como lo fue en el período previo. Se invertía principalmente en capital fijo, y, en consecuencia, era capaz de manejar grandes instalaciones fabriles, tecnificadas, con una gran dotación de maquinaria, o bien de operar redes comerciales de alcance internacional. Era un capital con un grado de centralización elevado que le permitía manejar en una mano varias actividades fabriles, de transporte, comerciales y bancarias. El capital interno, incipientemente manufacturero y bancario, era incapaz de competir con un capital de este grado de desarrollo. Fue desplazado en todas partes a lugares secundarios de acumulación²².

²² A propósito de esta situación, Francisco ENCINA escribía, en 1912, lo siguiente para el caso de Chile: "Nuestro desarrollo económico de los últimos años presenta síntomas que evidencian una situación realmente patológica. Hasta mediados del siglo XIX, el comercio

En general, en las instalaciones extranjeras nada o casi nada, fuera de la mano de obra, fue nacional; ni la disección, ni el cuerpo técnico ni muchas veces, los capataces. Sólo en el ámbito de la intermediación se abrieron espacios para el negociante nacional: en el reducido y parasitario mundo del comisionista, del representante o del abogado.

Los grupos capitalistas internos que se habían estado constituyendo incipientemente como resultado de la incorporación directa de las sociedades nacionales al mercado mundial debieron enfrentar un doble proceso de desarrollo con motivo de la expansión de las inversiones extranjeras. Por una parte, el capital extranjero aceleró enormemente la constitución del capitalismo en los países latinoamericanos. Esto significó que el mercado interno creció y el trabajo se especializó y se hizo asalariado. En consecuencia, se multiplicaron las oportunidades y posibilidades de acumular capital en variadas áreas de actividad.

En la exportación, por ejemplo, el inversionista interno pudo abrirse un espacio de acumulación que, siendo secundario, representó un incremento significativo respecto de las actividades que desarrollaba con anterioridad. La producción agropecuaria e industrial para el mercado interno, el comercio, los transportes, representaron renovadas oportunidades de inversión para los capitalistas nacionales. Por otra parte, los grupos capitalistas nacionales debieron ceder los puestos de dirección y las actividades y áreas principales de acumulación.

En suma, las nacientes burguesías internas experimentaron, con la penetración del capital extranjero, una expansión y ampliación caracterizadas simultáneamente por una subordinación y una debilidad relativas, así como por asumir un rol intermediario. En estas condiciones la forma principal que tuvieron las sociedades nacionales de participar de los grandes excedentes generados en la exportación fue por la vía de los sistemas tributarios. En varios países fue el Estado, más que las clases burguesas, quien se enriqueció directamente con la inversión extranjera. En otras palabras, los grupos burgueses y las clases altas, en general, participaron de las principales rentas de la exportación a través del Estado²³. En consecuencia, el sistema de apropiación del excedente se hizo explícitamente político.

Para el logro económico de las diversas fracciones burguesas y de las clases pudientes en general comenzó a ser decisivo el control sobre el aparato estatal y la posibilidad de ponerlo al servicio de cada cual. Esta razón contribuye por qué las clases burguesas distaron en general de adoptar una actitud democrática. La necesidad económica de controlar estrechamente el Estado encerró tempranamente a estas clases en un reducido círculo oligár-

exterior de Chile estaba casi exclusivamente en manos de los chilenos. En menos de 50 años, el comercio exterior ha asfixiado nuestra incipiente iniciativa comercial; y en nuestro propio suelo nos eliminó del comercio internacional y nos desalojó, en gran parte, del comercio al detalle... La marina mercante... ha caído en tristes dificultades y sigue cediendo campo a la navegación extranjera, aún en el comercio de cabotaje. La mayoría de las compañías de seguros que operan entre nosotros tienen su casa matriz en el exterior. Los bancos nacionales han cedido y siguen cediendo terreno a las sucursales de los bancos extranjeros. Una porción cada vez mayor de bonos de las instituciones de ahorro está pasando a manos de extranjeros que viven en el exterior". ENCINA, 1912.

²³ Por ejemplo, en Chile la inversión urbana, especialmente en Santiago, constituyó una modalidad fundamental de transferencia a través del Estado de excedentes desde el salitre a la oligarquía. Sabatini, 1981,

quico. El poder político se compartió, en algunos casos, a través de sistemas parlamentarios que permitieron una negociación abierta y fluida entre fracciones y grupos. En otros casos pareció necesitarse la figura del dictador para mantener el sistema estable. En cualquier caso, el poder se vio depositado en las manos de un reducido círculo de grupos gobernantes.

3. *El nuevo rol del Estado: aparición de los sistemas urbanos*

El Estado en las sociedades latinoamericanas fue adquiriendo así un peso y un rol económico nuevos. La inversión estatal, particularmente la construcción de ferrocarriles, sistemas de comunicación y la urbanización, sería un fenómeno permanentemente creciente. Asimismo, aunque se notaría más tarde, aumentarían la burocracia estatal y las capas medias de funcionarios.

En este período se construyeron las redes de ferrocarriles, por lo general centralizadas en las ciudades capitales²⁴. Esta parece haber sido una decisión política más que económica. Pareciera como si el Estado hubiera querido centralizar físicamente en la capital la circulación de producciones que no estaban en sus manos. Ello fue casi un reflejo directo de la posición intermediadora de las clases burguesas. Donde estas redes ferroviarias se completaron, ello condujo al triunfo definitivo de la ciudad capital sobre el resto del sistema urbano y a su metropolización (Argentina, México, Uruguay y Chile, por ejemplo). Donde las redes no existieron, la metropolización sería un fenómeno del siglo XX vinculado al transporte automotor (Colombia, Perú, Venezuela).

La estructuración en este período de un sistema con ciudad primada, que se reflejó en la existencia de una red centralizada de transporte, dependió del triunfo político y económico de una ciudad y un grupo oligárquico, en otras palabras, de la existencia de un Estado central fuerte. En la mayor parte de los casos este proceso se había consolidado después de la independencia. El comercio internacional, sin embargo, fue una fuerza descentralizadora en la medida que conectó directamente, sin mediaciones, a todo el espacio americano con el mercado mundial. Crecieron así todas las ciudades y grupos bien ubicados respecto del comercio internacional, lo que en algunos casos (como por ejemplo Colombia, Venezuela, Ecuador o Bolivia) obstaculizó el desarrollo de un poder central o debilitó el existente.

Políticamente el capital extranjero fue, en el corto plazo, una fuerza descentralizadora; sobre todo en donde enfrentó a Estados nacionales que le crearon dificultades. Sin embargo, su instalación supuso escoger o desarrollar grupos internos que lo apoyaron. En consecuencia, una vez producidos los recambios y ajustes políticos necesarios, la presencia de un capital de grandes magnitudes supuso el fortalecimiento de esos grupos de apoyo. Por lo tanto, la penetración del capital extranjero produjo, a largo plazo, una tendencia a la centralización del poder y, por ende, de la población urbana.

²⁴ Por ejemplo, en Argentina la red ferroviaria aumentó de 732 kilómetros en 1870 a 14.469 en 1895. "En 1890, escribe J. E. Hardoy, el ferrocarril unía ya Buenos Aires con Jujuy y Tucumán, a través de Córdoba y, mediante un desvío, con Santiago del Estero; otro desvío en construcción vinculaba a Salta con la red troncal. Otra línea conectaba a San Juan, Mendoza y San Luis con la Capital Federal, y una tercera línea cruzaba Rosario hasta Santa Fe. Sólo Corrientes y La Rioja, entre capitales de las provincias antiguas, no formaban parte del sistema ferroviario en funcionamiento hasta ese momento". Hardoy, 1972, p. 169.

Esto no quiere decir que las ciudades que no eran capitales no crecieran. Las inversiones extranjeras condujeron al desarrollo de una economía abierta al comercio mundial. Los puertos de las ciudades capitales y aquellos bien ubicados respecto de las áreas exportadoras, o simplemente ciudades ubicadas en nudos importantes de transporte, crecieron con fuerza²⁵. En proporción, sin embargo, creció más la ciudad capital, que afirmó su primacía en un sistema urbano en rápido desarrollo. Este fenómeno se hizo menos marcado en los casos en que la inversión extranjera fue menos significativa.

Además de las ciudades antiguas²⁶, la ampliación de los espacios incorporados a la economía mercantil creó en todas partes ciudades esencialmente nuevas que crecieron rápidamente, estructurándose verdaderos sistemas urbanos. La Plata, Antofagasta, Punta Arenas, Manizales, la propia Barranquilla, serían ciudades nuevas que recibirían el efecto favorable de estar en el centro de zonas exportadoras comerciales²⁷.

4. *Migraciones internacionales y modificación de las relaciones campo-ciudad*

El notable crecimiento de las ciudades en todas las sociedades nacionales se nutrió de dos fuentes de población. Por una parte, de la inmigración internacional, por la otra, de la migración interna campo-ciudad.

La inmigración internacional correspondió, en realidad, a la migración campo-ciudad en los países que experimentaban la revolución industrial en Europa. Se produjo, en efecto, una desproporción entre la destrucción de los sistemas tradicionales de producción en el campo, con la consecuente expulsión de población rural y el crecimiento de las industrias y actividades nuevas en las ciudades que demandaban mano de obra. Se generó así una situación en la cual, mientras en Europa sobraba gente, en América faltaba, y sobraban tierras y oportunidades laborales. Esta presión se traduciría en corrientes migratorias a muchos países hispanoamericanos.

En algunos casos se desarrollaron políticas estatales de colonización con inmigrantes europeos. En otros, se promovió la inmigración por quienes hicieron de su organización, entre los que deseaban "hacerse la América", una actividad comercial. Además, las inversiones extranjeras vinieron acompañadas de personal extranjero. Por último, fueron muchos los inmigrantes individuales que costearon el viaje por su cuenta y enfrentaron personalmente los riesgos de la empresa.

²⁵ En Argentina crecieron los puertos cerealeros de Rosario y Bahía Blanca, pero más aún Buenos Aires, que alcanzó los 700.000 habitantes en 1900. En México crecieron Orozaba, Guadalajara y Monterrey, pero Ciudad de México afirmó su primacía, empujándose sobre los 400.000 habitantes a fines del siglo XIX. Santiago de Chile (300.000 habitantes en 1900) afirmó su dinámica contra Valparaíso, que también creció significativamente.

²⁶ Es el caso de Colombia y Ecuador. En el primero, Barranquilla y Cartagena crecieron más que Bogotá. En el segundo, Guayaquil superaba a Quito desde fines de siglo.

²⁷ Para J. E. HARDOY, el nacimiento de nuevas ciudades en este período —a veces surgidas en forma espontánea, otras creadas especialmente para servir la expansión territorial— en algunos casos constituyó un proceso fundacional que, por su importancia, puede ser comparado al producido en Latinoamérica durante el siglo XVI. Este autor destaca también la importancia que tuvo la fundación de muchas colonias agrícolas y estaciones, promovida por la extensión del ferrocarril a través de zonas poco habitadas e inexploradas, ya que varias de aquéllas llegaron a convertirse en la actualidad en ciudades de importante gravitación regional. HARDOY, 1972, p. 89.

Como fuere, se ha estimado que sólo entre 1880 y 1910 se establecieron en Argentina dos millones y medio de inmigrantes, principalmente ingleses y alemanes como propietarios de tierras, y españoles e italianos como campesinos, trabajadores y pequeños comerciantes. A comienzos del siglo XX un tercio de la población argentina había nacido fuera de sus fronteras. En Montevideo, el 50% de la población era extranjera en 1880. Cuba recibió a medio millón de españoles en los primeros años del siglo XX. Aunque menos voluminosa, no dejó de ser significativa la inmigración alemana en el sur de Chile, en Venezuela y en Centroamérica.

En todos los casos, la inmigración tuvo un significativo impacto en las dinámicas urbanas. En efecto, el extranjero vino, la mayor parte de las veces, a integrar la economía mercantil. En consecuencia, ya fuera que llegara directamente a las ciudades o a zonas rurales, el hecho es que animó el crecimiento del sistema urbano²⁸.

Por otra parte, la migración interna campo-ciudad cumplió un papel cada vez más importante en el crecimiento de las ciudades.

La gran expansión exportadora produjo condiciones para el aumento de la producción agropecuaria mercantil, ya fuera para el mercado internacional o para el interno que crecía en las ciudades. Se multiplicó así la fuerza de los fenómenos que comenzaron a ocurrir con los inicios del comercio internacional. La tierra se valorizó, se apropió y se transó. A la desaparición de los mayorazgos se sumaría la de las tierras comunales, ejidos y dehesas. En toda Hispanoamérica fue éste un período de expropiación de tierras indígenas, de eliminación de tierras campesinas, de cercamientos y reducción de tierras entregadas en usufructo al trabajador agrícola. La producción agropecuaria se especializó, la productividad del trabajo se elevó. Ingentes volúmenes de población fueron expulsados de las tierras pobladas, a medida que la producción mercantil avanzó. A un lado quedó un grupo de dueños de la tierra y, al otro, una masa de población desprovista de medios de producción. De esta masa, una parte circularía hacia el sistema urbano donde crecían las necesidades de mano de obra²⁹ y la otra hacia tierras agrícolas de menor valor, en donde se establecería el minifundio.

En este período se inició la división del trabajo entre el campo y la ciudad en países y regiones donde la expansión de la producción agrícola fue mayor. El trabajo en el campo se especializó crecientemente; en las zonas rurales disminuyeron las actividades manufactureras, que aparecerían especializadas en

²⁸ La inmigración extranjera fue un fenómeno que vino aparejado con la generalización del trabajo libre, y su impacto se dio esencialmente en el medio urbano. Según sostiene CARDOSO, el trabajador rural inmigrante no constituyó un factor significativo en la expansión del mercado interno, pero sí tuvo un peso importante en la vida nacional, por su éxito económico, el inmigrante residente de la ciudad (CARDOSO, 1973). Por otra parte, YUJNOVSKY observa que, salvo algunas excepciones, fracasaron los intentos de una colonización rural organizada. Según dicho autor, en la mayoría de los casos los inmigrantes no tuvieron, como alternativa a una ocupación urbana, otra posibilidad en el campo que no fuera la de desempeñarse como mano de obra rural, debido, entre otras razones, a la rigidez de la estructura de la propiedad territorial. YUJNOVSKY, 1971, p. 73.

²⁹ Según T. H. DONGHI, estas necesidades provenían, por un lado, de las nuevas industrias que en proporción creciente requerían una mayor concentración de mano de obra; pero por otro, más que el sector industrial, eran los nuevos servicios públicos (transporte, agua, gas, electricidad, teléfonos) quienes demandaban las concentraciones más grandes de trabajadores. DONGHI, 1980, p 115.

la ciudad (como por ejemplo el artesanado, o bien servicios de transporte). Este proceso trasladó fuerza de trabajo del campo al sistema urbano. Es decir, se redujo la cantidad de población que vivía en un régimen de subsistencia y aumentó el trabajo asalariado y, en general, el trabajo remunerado monetariamente.

Este proceso de monetización, y por ende, de crecimiento del mercado interno, no fue lineal. En efecto, en el campo se continuó manteniendo formas encubiertas de servidumbre como el huasipungo, el mozo colono, el inquilino, etc. Por otra parte, el pago de salario en dinero fue muy fragmentario en los enclaves y compañías productoras de exportables. En general, se usaban fichas o "vales" que se canjearan en la "pulpería" o el "comisariato" de la compañía por productos esenciales, sin que mediara el dinero. Pero en cualesquiera de las situaciones anteriores, la empresa compraba los productos en el mercado.

Es indudable que el conjunto de limitaciones descritas le restaría significación al rol que desempeñaba el mercado interno en el período del auge exportador. Sin embargo, como queda de manifiesto, por ejemplo, con el crecimiento urbano, el mercado creció con rapidez a pesar de ellas. Más aún, debe concluirse que a medida que la exportación se expandía, se aceleraba la estructuración del mercado y tendían a perder importancia relativa las formas no monetarias de remuneración y los sistemas de coacción extraeconómicos. Por el contrario, donde el mercado interno tardó más en constituirse, fue precisamente donde el esquema exportador no era dinámico y donde la inversión extranjera tenía menos significación.

En síntesis, por su efecto sobre la acumulación interna de capital, por la creación de contingentes de mano de obra libre y desposeída y, como contrapartida, por la creación de un mercado interno, debe concluirse que el período de la inversión extranjera exportadora produjo un acelerado desarrollo de las principales ciudades en esta época. Las ciudades capitales serían el asiento de los agentes que concentraban en sus manos una fracción muy principal del excedente monetario: las clases burguesas y el Estado. Ambos gastarían ingentes sumas en urbanismo, en edificar y adornar su ciudad de acuerdo con su peculiar concepto de sí mismos. Los nuevos niveles de riqueza se reflejarían en la realización de amplias transformaciones urbanísticas.

5. *Modificaciones en la estructura interna de la ciudad*

El liberalismo triunfante contenía una cosmovisión diferente a la del viejo orden colonial. En efecto, durante el último cuarto de siglo, las ciudades, en rápido crecimiento, no mantuvieron el orden urbano colonial. Por el contrario, los nuevos conceptos urbanísticos rompieron, en la mayor parte de los casos, materialmente, con la vieja ciudad. El ímpetu del urbanismo del período exportador fue tan global, que la nueva ciudad liberal, con sus edificaciones, mantuvo su presencia en las ciudades actuales. Buenos Aires es el caso más notable en este período. En cambio, la vieja ciudad colonial prácticamente desapareció, salvo en las ciudades que no experimentaron una expansión comercial tan marcada, como, por ejemplo, de las ciudades de los países andinos como Lima, Bogotá, Quito, Caracas.

El liberalismo expresó urbanísticamente su concepción de la separación de los poderes del Estado, con la construcción de palacios destinados a alojar la sede de esos poderes, con un grado de monumentalidad no menor al de la Corona. En varias ciudades hispanoamericanas se levantaron durante este pe-

río palacios presidenciales, cámaras de representantes, senados y cortes superiores de justicia. Se edificaron con el estilo monumental neoclásico de los edificios públicos en Europa.

En muy pocos casos los viejos palacios del poder central colonial cumplían con los requisitos de estilo arquitectónico como para poder albergar a los nuevos poderes republicanos. Se agregaron a estos edificios públicos otros de grandes efectos urbanísticos. Se modernizaron y ampliaron los terminales portuarios, se edificaron nuevas construcciones para las aduanas, se levantaron estaciones de ferrocarril con la moderna tecnología del fierro, que permitía cubrir monumentalmente amplios espacios.

A la vez, la oligarquía no sólo batallaba políticamente en los edificios parlamentarios. Importantes luchas se dieron en las sedes privadas de su poder: los Clubes de la Unión de Santiago y Lima, el Jockey Club de Buenos Aires, el Club Nacional de San José o el Club de Guatemala en ese país, fueron testigos de la agitada vida política de la época.

El liberalismo, por otra parte, trajo consigo una nueva concepción laica y nacionalista de la cultura. La Iglesia perdió su monopolio en este campo y fue el nuevo Estado ilustrado quien impulsó la educación de los ciudadanos. Se construyeron y organizaron bibliotecas, museos de bellas artes y de historia natural, teatros de ópera, etc. Todo ello, a imagen y semejanza de las principales ciudades europeas, principalmente París.

Se asistió asimismo al nacimiento de un nuevo tipo de edificio público. Los bancos, la bolsa de comercio, las grandes casas comerciales, levantaron construcciones de gran prestancia en tamaño y estilo. Fueron los símbolos del febril avance económico y del crecimiento de la riqueza a que conducía la libertad comercial y la iniciativa individual.

Ninguna de estas amplias transformaciones de la ciudad se hizo sin plan ni orden. El Estado ilustrado fue el encargado de incorporar a las plantas urbanas existentes y en expansión las modernas concepciones urbanísticas en boga en Europa. Se trasladó así a Hispanoamérica la influencia que ejercían en el Viejo Mundo las ideas del barón Haussmann. Se abrieron y planificaron amplias avenidas de grandes dimensiones, con vastos jardines y parques. Por primera vez se aplicaron los criterios urbanísticos de "alineamiento" de plantas y tráfico que exigen las edificaciones en altura. En general, se contrataron arquitectos, paisajistas e ingenieros europeos, que construyeron a imagen y semejanza de Europa.

Observando las ciudades capitales hispanoamericanas en este período, se concluye que el continente se hizo parte del mundo europeo. Existió una oligarquía que imitó a Europa y que se sintió con la misión histórica de educar y conducir a sus sociedades primitivas al mundo moderno. Estas clases se percibieron a sí mismas más cercanas a Europa, vista como el centro de la civilización que a su propia realidad, contaminada por el atraso y la ignorancia de las clases plebeyas y populares del lugar. Del lugar había que rescatar algo que, por una parte, recordara la soñada Europa y, por la otra, impulsara el desarrollo nacional según su imagen y semejanza. Y ese algo fue la ciudad. La ciudad, según Ratinoff, fue el gran símbolo de la oligarquía liberal, con su concepción de la sociedad basada en el antagonismo entre civilización y barbarie: "La idea de la ciudad considerada como asiento de civilización y como centro integrador y dinamizador... La ciudad fue concebida como el

símbolo y a la vez como el instrumento de las grandes metas de transformación social, como la matriz receptora y generadora de los impulsos modernizantes, como el almácigo que haría germinar las instituciones, los hombres y la cultura que se requerían para lograr la articulación anterior del país y su integración en las corrientes civilizadoras que surgían en las sociedades industriales”³⁰.

Las oligarquías trasladaron sus residencias del viejo centro de la ciudad hacia sectores inmediatamente colindantes. Se trató de escapar de las malas condiciones higiénicas y sanitarias de la planta antigua. Sobre todo, persiguieron reservarse espacios nuevos para organizar la vida urbana conforme a los nuevos estilos y modas. Se construyeron así avenidas y calles suntuosas, con grandes mansiones de estilo neoclásico. En estos barrios, un pequeño París de imitación, vivía la oligarquía.

Los planes y reglamentaciones urbanos aplicados formalizaron una segregación estricta. Se construyeron caminos de cintura o avenidas de límite que definieron lo intra de los extramuros. Nació así la tendencia de crear suburbios que crecían por agregación, a los cuales no llegaba el mejoramiento urbano. Las inversiones públicas para el mejoramiento urbano se concentraron en los barrios de la oligarquía y fue una forma de traspasar los excedentes de las exportaciones desde el Estado a los grupos oligárquicos. Frecuentemente las rehabilitaciones o remodelaciones tuvieron por objetivo la valorización de determinados terrenos privados. Por ejemplo, en Santiago de Chile, alrededor de 1870, la pavimentación de la calle Ejército del Libertador significó decuplicar el valor de los terrenos adyacentes, iniciándose con ello la formación del barrio que llegaría a constituirse en el más exclusivo de la ciudad³¹.

Segregados de este mundo vivían los estratos medios y populares que formaban el resto de la sociedad. En este periodo surgieron las primeras construcciones masivas para obreros. Los barrios para tipógrafos y ferrocarrileros de la época, tales como la colonia Guerrero en México, el Gatillo y La Ermita en Guatemala, San Miguel en Santiago de Chile, Quilmes en Buenos Aires, son testimonios de este período. Su forma fue la de un edificio multifamiliar con una fachada exterior que simulaba una sola vivienda, pero que ubicaba en un callejón o patio interior a un numeroso conjunto de familias. Se denominaron cité, palomar o mesón.

El aumento de la cantidad de población que percibía un ingreso monetario creó un mercado para el negocio inmobiliario. Se propagó, en efecto, por todas las ciudades hispanoamericanas, la construcción de viviendas de alquiler para grupos medios y bajos. El problema de la vivienda y el valor del alquiler pasó a ser desde ya un tema que iría ganando en significación social y política³².

La incipiente industrialización comenzó a afectar también la estructura interna de las ciudades. El incremento del tamaño del mercado creó condiciones para la inversión industrial en áreas naturalmente protegidas de la competencia importada. Se instalaron así fábricas de cerveza, de cigarrillos,

³⁰ RATINOFF, 1982, pp. 8-9.

³¹ SABATINI, 1981.

³² Fue el caso, por ejemplo, de la huelga de inquilinos de Buenos Aires, en 1907, El movimiento fue tan masivo que trascendió los habituales enfrentamientos entre obreros y patrones, para preocupar a sectores vinculados al poder, como la Iglesia y la prensa tradicional. SURIANO, 1984, p. 2011.

refinerías de azúcar, molinos, fábricas de loza, confecciones, textiles, imprentas, etc. En muchos casos este proceso pasó por la destrucción del artesanado que existía previamente o por la concentración de instalaciones donde existía ya la pequeña producción capitalista. Como fuere, una proporción cada vez mayor de los trabajadores urbanos estaría constituida por obreros asalariados, aunque primaría aún, por cierto, el trabajador disperso o el artesano. Junto con el obrero de las compañías productoras de exportables y el trabajador del transporte, el proletariado fue gradualmente constituyéndose como clase social.

En realidad, una ciudad industrial se estaba constituyendo dentro de la ciudad comercial, fruto de su propio desarrollo. En algunos países, la segunda terminó por subordinarse claramente a la primera. Es decir, la producción interna se mantuvo en un nivel disperso y artesanal en los resquicios de mercado dominado por la importación. Cuando hubo posibilidades de una inversión propiamente industrial, fueron grupos pertenecientes a la oligarquía quienes entraron sin problemas al negocio fabril, aunque, ciertamente, sus intereses principales siguieron estando vinculados al comercio internacional. Sin embargo, se estaba ya incubando un fuerte conflicto entre ambas ciudades.

En efecto, por una parte, se multiplicaron los más variados grupos medios que vieron cerradas sus posibilidades de ascenso social y participación política por una oligarquía estrecha. Creció, por otra parte, el número de trabajadores pobres y sin derechos. La situación económica de estos grupos dependería directamente de lo que ocurriera con la actividad exportadora. Este fue, sin embargo, intrínsecamente inestable debido a que el mercado internacional también lo era y, además, debido al carácter monoexportador de las economías hispanoamericanas. Periódicamente se desataron crisis que lanzaron a crecientes contingentes de población al paro y la miseria en las ciudades. El régimen liberal basado en la inversión extranjera careció de soluciones para estos problemas.

Comenzó a surgir así una concepción crítica y opuesta al liberalismo. La esgrimirían los grupos medios, quienes no dudarían en movilizar y apoyarse en los grupos populares. En ella se identificaría al desarrollo nacional y la democracia con el desarrollo industrial y la política social. Estos grupos y esta ideología pondrían en jaque al liberalismo. Sin embargo, sólo lograrían triunfar sobre éste bien entrado el siglo XX.

BIBLIOGRAFIA

- CARDOSO, Fernando Henrique: "La ciudad y la política", en *Estudios Sociales Centroamericanos*, N° 4, enero-abril 1973.
- DONGHI, Tulio Halperin: "Las ciudades hispanoamericanas (1825-1914). El contexto económico social", en *Revista Interamericana de Planificación*, Vol. XIV, N° 55-56, septiembre-diciembre 1980.
- ENCINA, Francisco: "Nuestra inferioridad económica: sus causas y consecuencias", Santiago (Cit. por A. G. Frank, op. cit.), 1912.
- FRANK, André Gunder: "Dependencia económica, estructura de clases y política del subdesarrollo en América Latina", en Frank, Cockroft, Johnson: *Economía política del subdesarrollo en América Latina*, Ediciones Signos, Buenos Aires, 1970.
- GERARDI SIEBERT, Jack: "Pérdida de centralidad y deterioro urbano. Ciudad de México, siglo XIX", en *Cuaderno de Trabajo*, N° II, Departamento de Investigaciones Históricas, INAH, México.

HARDOY, Jorge E.: "Las ciudades en América Latina", Editorial Paidós, Buenos Aires, 1972.

-----: "La vivienda popular en el municipio de Rosario a fines del siglo XIX. El censo de conventillos de 1895", en *Sectores populares y vida urbana*, CLACSO, Biblioteca de las Ciencias Sociales, Buenos Aires, 1984,

KALMANOVITZ, Salomón: "Notas sobre la formación del Estado y la cuestión nacional en América Latina", en Kalmanovitz, *Ensayos sobre el desarrollo del capitalismo dependiente*, Editorial Pluma, Bogotá, 1977.

MORENO TOSCANO, Alejandra; GONZÁLEZ ANGULO, Jorge: "Cambios en la estructura interna de la Ciudad de México (1753-1882)", en *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina*, Hardoy y Schaedel, compiladores, Ediciones SIAP, Buenos Aires, 1977.

MORSE, Richard M.: "El desarrollo de los sistemas urbanos en las Américas durante el siglo XIX", en *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia*, Hardoy y Schaedel, compiladores, Ediciones SIAP, Buenos Aires, 1976.

RIAL, Juan; KLACZKO, Jaime: "Uruguay: el país urbano", CLACSO, Comisión de Desarrollo Urbano y Regional, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1981.

RATINOFF, Luis: "Factores histórico-sociales en la evolución de las ciudades latinoamericanas (1850-1950)", en *Revista EURE*, Vol, VIII, N° 24, mayo, 1981.

SABATINI, Francisco: "Santiago: sistemas de producción de viviendas, renta de la tierra y segregación urbana", en *Documento de Trabajo*, N° 128, Instituto de Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1982.

VITALE, Luis: "Interpretación marxista de la historia de Chile", tomo II: *La Colonia y la revolución de 1810*, Prensa Latinoamericana, Santiago, 1969.

YUJNOVSKY, Oscar: "La estructura interna de la ciudad. El caso latinoamericano", Ediciones SIAP, Buenos Aires, 1971.